





# Los viajes de Thorgils

- Constantinopla – Tierra Santa – Constantinopla
- Constantinopla – Tierras del norte





A mi santo y bendito maestro, el abate Geraldus, obedeciendo humildemente vuestros deseos, os adjunto el tercero y último de los legajos de escritos del falso monje Thangbrand. ¡En mala hora hallé estas páginas en la biblioteca! Que me perdonen por haberlas leído con mis pecaminosos ojos, pues me apremiaban la imaginación y la impaciencia.

En ellas he hallado un relato urdido hábilmente mediante falsos testimonios con el fin de embaucar a los crédulos. Esta serpiente que anidaba en nuestro pecho realiza abyectas y maliciosas alegaciones contra nuestros hermanos en Cristo y admite descaradamente la comisión de actos de piratería y la profanación de reliquias sagradas. No pone freno a su lengua viperina ni siquiera entre los cismáticos de Oriente.

Lo que más me ha apenado ha sido el descubrimiento de que este falso monje realizó un viaje a Tierra Santa, una peregrinación que constituye el más ardiente deseo de aquellos que son tan pobres e indignos como yo. Pero mancilla este testimonio con profana suspicacia, tratando de socavar la fe de todos los que creen en la encarnación del mundo. Tal y como afirman las escrituras, para los hombres malvados y escépticos la verdad se convierte en una mentira.

Sus corruptas declaraciones son aún más perturbadoras en lo tocante a altas cuestiones de Estado. Ponen en duda la misma ascendencia al trono de Inglaterra, y aquellos que tienen competencia en tales asuntos sin duda tacharán sus palabras de sediciosas.

No hablaré más de este tema, sino que dejaré que el Justo Juez recompense y premie las devotas labores de los fieles.

¿Tendrán un fin el engaño y la mendacidad de este impostor? Ruego por su salvación en el temor de Dios, pues, ¿no se dice que ni siquiera un gorrión puede caer en una trampa sin su providencia y que el fin puede ser bueno cuando Dios así lo quiere?

Aethelred

Sacristán y bibliotecario

Escrito en el mes de enero del año 1072 de nuestro Señor

El emperador estaba fingiendo que era una ballena. Metía la cabeza bajo el agua, se llenaba la boca y ascendía de nuevo a la superficie expulsando el agua en chorritos en la piscina del palacio. Yo lo observaba con el rabillo del ojo, debatiéndome entre el desdén y la compasión. Al fin y al cabo, era un hombre anciano. A sus más de setenta años, era indudable que estaba disfrutando de la sensación de ingravidez y del contacto del agua tibia en la piel llena de manchas. Padecía una enfermedad que le había abotargado el cuerpo y las extremidades de una forma tan horrible que sufría muchos dolores cuando caminaba. Sin ir más lejos, hacía una semana que lo había visto volviendo al palacio tan exhausto, después de una de las interminables ceremonias, que se había derrumbado en los brazos de un criado en cuanto las grandes puertas de bronce se cerraron a sus espaldas. Ese día era la fiesta que los cristianos llaman Viernes Santo, de modo que por la tarde se celebraría otra ceremonia imperial que se prolongaría durante horas. Decidí que el emperador se merecía aquel momento de relax, aunque sus súbditos se habrían sorprendido al verlo imitando a una ballena en la piscina, pues la mayoría de ellos lo consideraban el representante de su Dios en la Tierra.

Desplacé la pesada hacha sobre el hombro. Había una mancha húmeda en la túnica escarlata donde había descansado el mango. Manaban perlas de sudor bajo el borde del casco de hierro con elaboradas incrustaciones de oro y el calor de la sala de la piscina me estaba adormeciendo. Traté de mantenerme alerta. Como miembro de la Hetaira, la tropa imperial del palacio, tenía el deber de proteger

la vida del basileus Romano III, gobernante de Bizancio y par de los Apóstoles. Al igual que los quinientos miembros de la guardia personal del emperador, los varengos de palacio, había jurado protegerlo de sus enemigos y él nos pagaba generosamente por ello. Confiaba más en nosotros que en sus compatriotas y tenía buenos motivos para hacerlo así.

Al otro extremo de los baños se había formado un grupo de cinco o seis miembros del séquito del emperador, que se mantenían a una prudente distancia de su amo, no solo para que este tuviera intimidad, sino también porque su avanzada enfermedad lo ponía muy irascible. El basileus se había vuelto notablemente irritable. Montaba en cólera a la menor palabra inapropiada. En los tres años que había servido en el palacio lo había visto pasar de ecuánime y generoso a sarcástico y mordaz. Los hombres que se habían acostumbrado a recibir ricos regalos del tesoro imperial en agradecimiento, ahora se veían ignorados o duramente criticados. Por suerte el basileus no trataba de la misma forma a su guardia personal y seguía contando con nuestra lealtad incondicional. No nos mezclábamos en las constantes intrigas y confabulaciones de los cortesanos, en las que diversas facciones trataban de imponerse. La mayoría de los miembros de la guardia ni siquiera hablaban su idioma. Los altos oficiales eran griegos patricios, pero a los soldados rasos nos reclutaban en las tierras del norte y seguíamos hablando escandinavo entre nosotros. Había un oficial de la corte que ostentaba el título de gran intérprete de la Hetaira y debía traducir a los guardias, pero se trataba de un puesto meramente nominal, otro título rimbombante en una corte fascinada por la precedencia y la ceremonia.

—¡Guardia! —El grito interrumpió mis pensamientos. Uno de los miembros del grupo me estaba haciendo señas. Reconocí al guardián del tintero imperial. El puesto, a pesar del pomposo nombre, era realmente importante. Oficialmente el guardián alargaba el frasco de tinta púrpura cuando el basileus se disponía a firmar los documentos oficiales. En realidad hacía las veces de secretario del despacho privado del emperador. El puesto le daba acceso franco a la presencia imperial, un privilegio que se les negaba hasta a los ministros más destacados, que debían solicitar formalmente una audiencia antes de comparecer ante el basileus.



El guardián repitió el gesto. Miré a Romano, quien seguía revolcándose y escupiendo en la piscina con los ojos cerrados, dichoso en su tibio mundo acuático. Hacía poco tiempo que habían ahondado el centro de la piscina, pero aún se hacía pie manteniendo la cabeza sobre la superficie. Parecía que no corría ningún peligro. Me acerqué al guardián, que estaba alargándose un pergamino. Vislumbré la firma imperial en tinta púrpura mientras me indicaba que llevara el documento a la sala adyacente, un pequeño despacho en el que esperaban los notarios.

No era extraño que los guardias hicieran las veces de mensajeros. Los oficiales del palacio se preocupaban tanto por su propia dignidad que les parecía degradante encargarse de las tareas más simples, como abrir una puerta o llevar un manuscrito. De modo que acepté el pergamino, eché un rápido vistazo por encima del hombro y me dirigí a la puerta. El basileus seguía disfrutando felizmente del baño.

En la sala contigua encontré al orphanotrophus esperándome. Estaba a cargo del orfanato de la ciudad, una institución financiada con fondos imperiales. El título tampoco reflejaba su verdadera importancia. Juan el orphanotrophus era el hombre más poderoso del imperio, con la sola excepción del propio basileus. Gracias a una combinación de tosco intelecto y astuta determinación, Juan había ascendido a través de los diversos grados de la jerarquía imperial hasta convertirse en el primer ministro del imperio en todo menos en el nombre. Temido por todos, era un hombre delgado con el rostro enjuto y los ojos profundamente hundidos bajo unas espantosas cejas negras. Además era lampiño, un eunuco.

Me cuadré ante él, pero no lo saludé. Solo el basileus y los miembros inmediatos de la familia imperial eran merecedores del saludo de la guardia y ciertamente Juan el orphanotrophus no había nacido en la púrpura. Su familia era de Paflagonia, en la costa del mar Negro, y se rumoreaba que a su llegada a Constantinopla había regentado una casa de cambio. Algunos aseguraban que habían sido falsificadores.

Cuando le entregué el manuscrito el orphanotrophus lo examinó brevemente y me dijo despacio, pronunciando las palabras con un esmero exagerado:

—Lléveselo al logoteta de finanzas.

Yo me mantuve firme y contesté en griego:

—Perdonadme, excelencia. Estoy de servicio. No puedo abandonar la presencia imperial.

El orphanotrophus enarcó una ceja.

—Vaya, vaya, un guardia que habla griego —murmuró—. El palacio se está civilizando por fin.

—Tal vez debierais llamar a un dekanos —sugerí—. Su deber es llevar mensajes. —Me di cuenta de que había cometido un error.

—En efecto, y tú deberías cumplir el tuyo —replicó con tono ácido el orphanotrophus.

Herido por aquel desaire, me volví sobre los talones y regresé a los baños. Cuando entré en aquella cámara alargada con el techo alto y abovedado y mosaicos de delfines y olas en las paredes supe al momento que algo iba terriblemente mal. El basileus seguía en el agua, pero ahora estaba tendido de espaldas, zarandeando débilmente los brazos. Solo su corpulencia impedía que se hundiera. No se veía en ninguna parte a los criados que antes estaban en la estancia. Dejé caer el hacha al suelo de mármol, me quité el casco y fui corriendo a la piscina.

—¡Alarma! ¡Alarma! —gritaba mientras corría—. ¡A mí la guardia! —En pocos pasos llegué al borde de la piscina, me zambullí completamente vestido y nadé lo más rápido que pude hacia el basileus. En silencio le di las gracias a mi dios Odín por que los escandinavos aprendiéramos a nadar cuando éramos niños.

El basileus no dio muestras de percatarse de mi presencia cuando le di alcance. Apenas se movía y de tanto en tanto sumergía la cabeza en el agua. Le puse una mano bajo la mandíbula, bajé las piernas hasta el fondo de la piscina y lo arrastré hacia el borde, procurando mantener su cabeza sobre mi hombro, por encima del agua. Se hallaba inerte en mis brazos y el cráneo apoyado en mi barbilla estaba calvo a excepción de algunos cabellos desordenados.

—¡A mí la guardia! —grité de nuevo. A continuación exclamé en griego—: ¡Que venga un médico!

En esta ocasión mis gritos obtuvieron respuesta. Algunos miembros del séquito (escribas, criados y cortesanos) entraron corriendo en la sala y se congregaron al borde de la piscina. Alguien se arrodilló

para sostener al basileus por debajo de las axilas y lo sacó del agua chorreando. Pero el rescate fue torpe y lento. El basileus quedó tendido en el borde de mármol de la piscina, con más aspecto de ballena que nunca, aunque en esta ocasión varada y moribunda. Salí y aparté a los cortesanos.

—Ayudadme a levantarlo —dije.

—En nombre de Thor, ¿qué está pasando? —exclamó una voz.

Al fin había llegado un decurión, un suboficial de la guardia. Fulminó con la mirada a los boquiabiertos cortesanos y estos retrocedieron. Los dos levantamos el cuerpo flácido del emperador y lo llevamos a un banco de mármol. Uno de los empleados de los baños tuvo el buen juicio de extender encima una capa de toallas antes de que depositáramos al anciano, que apenas se movía. El decurión miró en derredor y le arrancó una túnica de seda con brocado de los hombros a un cortesano para cubrir el cuerpo desnudo del emperador.

—Dejadme pasar, por favor.

Era uno de los médicos de palacio, un hombre achaparrado y barrigón que levantó los párpados del emperador con sus dedos rechonchos. Se notaba que estaba nervioso. Retiró las manos como si se hubiera escaldado. Probablemente temía que el basileus muriese bajo su mano. Pero el emperador mantuvo los ojos abiertos y movió débilmente la cabeza para mirar a su alrededor.

En ese momento hubo cierto revuelo entre la concurrencia de cortesanos y el círculo se separó para que pasara una mujer. Se trataba de la emperatriz Zoe, a quien traían del gineceo, los aposentos palaciegos de las mujeres. Era la primera vez que la veía de cerca y me impresionó su porte. A pesar de su edad se comportaba con gran dignidad. Debía de tener al menos cincuenta años y probablemente nunca había sido hermosa, pero su rostro conservaba aquella delicada estructura ósea que sugería una ascendencia aristocrática. Era hija y nieta de emperadores y tenía los modales altivos que lo demostraban.

Zoe se abrió paso entre la muchedumbre y se detuvo a escasa distancia de su esposo, que estaba tendido en la losa de mármol. Su rostro no manifestó ninguna emoción al contemplar al emperador, que estaba ceniciento y respiraba dificultosamente. Durante un breve instante se limitó a mirarlo fijamente. Después, sin decir palabra, se dio la vuelta y salió de la estancia.

Los cortesanos evitaron mirarse. Todos, incluido yo, sabían que no había amor entre el emperador y su esposa. El anterior basileus, Constantino, había insistido en que contrajeran matrimonio. Zoe era su hija favorita y en los últimos días de su reinado Constantino había buscado un marido adecuado para ella entre las filas de la aristocracia. Padre e hija deseaban asegurar la sucesión de la familia, aunque Zoe ya no tenía edad para concebir. Eso no había impedido que Romano y ella intentaran fundar una dinastía cuando ascendieron juntos al trono. Él había ingerido grandes dosis de afrodisiacos (se decía que por eso se le había caído el pelo) mientras su marchita consorte se colgaba amuletos para la fertilidad y consultaba a curanderos y charlatanes que le proponían métodos cada vez más estafalarios para quedarse embarazada. Cuando fracasaron todos sus esfuerzos empezaron a aborrecerse. Romano se buscó una amante y Zoe, frustrada y resentida, se vio despachada al gineceo.

Pero esa no era toda la historia. Zoe también se había hecho con un amante hacía menos de dos años. Algunos miembros de la guardia se habían topado con ellos mientras copulaban y habían hecho la vista gorda. Aquella delicadeza no se debía a que respetaran a la emperatriz, que mantenía abiertamente aquella aventura, sino a que su pareja era el hermano pequeño de Juan el orphanotrophus. Era un terreno en la que la alta política se mezclaba con la ambición y la lujuria y lo mejor era no entrometerse en ella.

—¡Atrás! —ordenó el decurión.

Se apostó a una lanza de distancia de la calva cabeza del emperador y yo, en un acto reflejo, me planté a los pies de este y me puse firme. Mi hacha todavía estaba en alguna parte en el suelo de mármol, pero llevaba una daga en el cinturón y eché mano a la empuñadura. El médico iba nerviosamente de un lado a otro de la estancia, retorciéndose las manos con aire preocupado. De pronto Romano exhaló un débil gemido. Levantó un poco la cabeza de la toalla que hacía las veces de almohada y realizó un gesto imperceptible con la mano derecha. Se habría dicho que le estaba pidiendo a alguien que se acercara. Al no saber a quién le estaba haciendo señas, nadie se atrevió a moverse. El sobrecogimiento y la majestuosidad de la presencia imperial seguían haciendo mella en los espectadores. El emperador recorrió lentamente con la mirada los rostros del círculo

de cortesanos. Parecía que intentaba decir algo, que estaba suplicando. Movía la garganta pero no emitía ningún sonido. Entonces cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y se dio la vuelta sobre el costado. Empezó a jadear, respirando con bocanadas breves y débiles. De repente dejó de respirar y se le abrió la boca, de la que brotó una espesa sustancia de color marrón oscuro, y murió tras otras dos bocanadas entrecortadas.

Me quedé tieso en posición de firmes. Se oyeron los sonidos de pies apresurados, de alboroto, y distantes gemidos y exclamaciones a medida que la noticia del fallecimiento del emperador se difundía entre el séquito de palacio. No presté atención. Hasta que coronasen al nuevo basileus, el deber de la guardia consistía en proteger el cuerpo del emperador muerto.

—Thorgils, pareces el tonto del pueblo ahí de pie con ese uniforme empapado. Vuelve a la sala de la guardia y preséntate ante el oficial de servicio.

Me habían dado aquellas instrucciones en escandinavo y reconocí la voz de Halfdan, el comandante de la compañía. Halfdan era un fornido veterano que había servido en la guardia personal durante casi diez años. Ya debía haberse retirado, tras haber amasado una pequeña fortuna con su salario, pero le gustaba la vida de la guardia y había cortado sus lazos con su patria danesa, de modo que no tenía otro sitio adonde ir.

—Dile que todo está bajo control en la presencia imperial. Puedes sugerirle que imponga un toque de queda en el palacio.

Me fui chapoteando, deteniéndome para recuperar el casco y el hacha claveteada que alguien había recogido amablemente del suelo y había apoyado contra una pared. La ruta que conducía a la sala de la guardia atravesaba un laberinto de pasillos, salas de audiencias y patios. Romano III podría haber fallecido en cualquiera de sus palacios, pues todos tenían piscina, pero había decidido expirar en el más grande y extenso de todos, el Gran Palacio. Se hallaba cerca del extremo de la península de Constantinopla y sus imperiales ocupantes lo habían ampliado y remodelado tantas veces que se había convertido en una desconcertante maraña de cámaras y antecámaras. La construcción de edificios aún más grandes era una fascinación de los ocupantes del trono púrpura que rayaba en la obsesión. Todos

los basileus querían inmortalizar su mandato dejando al menos una estructura extravagante, ya fuera una nueva iglesia, un monasterio, un enorme palacio o un ostentoso edificio público. Romano había despilfarrado millones de monedas de oro en una nueva e inmensa iglesia dedicada a la madre de su Dios, aunque en mi opinión esta ya tenía más que suficientes iglesias y monasterios. Iban a consagrarle la nueva iglesia de Romano con el nombre de María la Celebrada, y con las fuentes, los paseos y los jardines que la rodeaban, así como los constantes cambios en el diseño, que entrañaban la demolición de los edificios semiconstruidos, el proyecto había sobrepasado tanto el presupuesto, que Romano se había visto obligado a aplicar un impuesto especial para sufragar su construcción. La iglesia aún no estaba acabada y yo sospechaba que nunca lo estaría. Me sorprendió darme cuenta de la facilidad con la que pensaba en Romano en tiempo pasado.

—Ponte un uniforme seco y únete al destacamento de la puerta principal —me ordenó el oficial de servicio cuando me presenté ante él. No tenía más de veinte años y estaba casi tan nervioso como el médico que había atendido al emperador moribundo. Era de una de las familias griegas más ilustres de Constantinopla, que seguramente había pagado generosamente a cambio de aquel puesto en la guardia personal. Confiaban en que simplemente poniéndolo entre los muros del palacio atrajera la atención del basileus y medrara. Aquella inversión se iría al garete si el nuevo soberano, preocupado por su seguridad, decidía reemplazar a todos los oficiales griegos. Era otro engaño muy característico de la vida de palacio. La sociedad bizantina seguía fingiendo que la Hetaira era griega. Sus hijos se enorgullecían de ser oficiales de la guardia y llevaban uniformes que denotaban los antiguos regimientos del palacio (los excubia, los numeri, los scholae y otros) pero a la hora de encargarse del auténtico trabajo el basileus solo había confiado en nosotros, los extranjeros, los varengos de palacio.

Me uní a veinte de mis camaradas ante la puerta principal. Ya habían cerrado bruscamente las puertas sin pedirle permiso al guardián, que tenía el deber de supervisar su apertura al amanecer, cerrarla de nuevo a mediodía y reabrirla unas pocas horas al principio de la tarde. Pero con la muerte del emperador había perdido su autoridad

y no sabía qué hacer. El decurión decidió por él, negándose a que entrara ni saliera nadie.

Cuando llegué había un gran alboroto al otro lado de la puerta y se oían llamadas atronadoras y gritos sonoros e impacientes.

—Me alegro de que hayas venido, Thorgils —me dijo el comandante de la guardia—. A lo mejor puedes decirme qué es lo quieren esos salvajes de ahí fuera.

Escuché atentamente.

—Me parece que será mejor que los dejes entrar —contesté—. Me parece que entre ellos está el Gran Patriarca exigiendo que lo dejen pasar.

—¿El Gran Patriarca? Ese viejo chivo vestido de negro —farfulló el comandante de la guardia, que era un acérrimo antiguo creyente—. Muchachos, abrid la puerta lateral y dejad que pasen los monjes. Pero contened la respiración. No se lavan con mucha frecuencia.

Al cabo de un instante una comitiva de monjes encolerizados con la barba hasta el pecho y túnica negra irrumpieron a través de la abertura entre las hojas de la puerta, nos fulminaron con la mirada y se internaron apresuradamente en un pasillo entre el pomposo chasquido de sus sandalias y el estruendo de los báculos de madera contra las losas de mármol. En medio de ellos vi la figura de barba blanca de Alexis del Studion, la suprema autoridad religiosa del imperio.

—Me pregunto por qué habrán venido del monasterio tan de prisa —musitó un varengo mientras cerraba la puerta y colocaba la barra.

Aquella pregunta obtuvo respuesta más adelante, cuando acabamos el turno y regresamos a la sala de la guardia, donde encontré a media docena de mis colegas apoltronados y sonrientes.

—Esa vieja ramera ya ha encontrado a otro marido. En cuanto se aseguró de que el viejo Romano se estaba muriendo, mandó a alguien en busca del sumo sacerdote.

—Ya lo sé, lo hemos dejado pasar con sus cuervos.

—Bueno, seguro que no lo llamaba para que le diera la extremaunción a su querido esposo. Mientras llegaban los monjes la vieja señora convocó una reunión de emergencia de sus consejeros, incluyendo a ese astuto monstruo, el orphanotrophus, y anunció que quería que su amante fuera el nuevo basileus.

—¡No será ese petimetre cabeza de chorlito!

—Lo tenía todo planeado. Afirmó que, por derecho de ascendencia imperial, ella representaba la continuidad del Estado y que lo mejor para los intereses del imperio era que «mi querido Miguel», como ella dijo, subiera al trono con ella.

—¡Debes de estar bromeando! ¿Cómo sabes todo eso?

El guardia emitió un resoplido desdeñoso.

—El orphanotrophus había ordenado que cuatro de nosotros escoltásemos a la emperatriz por si se producía un intento de asesinato. Era una estratagema, por supuesto. Cuando los demás cortesanos aparecieron para oponerse a la sucesión de Miguel vieron a la guardia y llegaron a la conclusión de que la cuestión ya estaba decidida.

—¿Y qué pasó cuando llegó el sumo sacerdote?

—Empezó de inmediato la ceremonia de boda de la vieja y su amante. Ella le pagó un buen soborno, por supuesto, y al cabo de una hora eran marido y mujer.

Aquella descabellada historia se vio interrumpida por la aparición de otro de los oficiales griegos, que entró rápidamente en la sala, exigiendo con impaciencia una escolta soberana completa. Debíamos ponernos el uniforme de gala y acompañarlo al triklinium, la gran cámara de audiencias. Insistió en que no había un momento que perder.

Treinta de nosotros formamos y marchamos por los pasillos hasta la enorme estancia con suelo de mosaicos, estandartes de seda y ricos iconos decorativos en la que los basileus recibían formalmente a los ministros, embajadores extranjeros y otros dignatarios. Había dos tronos ornamentados en una tarima al otro extremo de la estancia y el oficial nos llevó directamente a nuestros puestos, formando un semicírculo al fondo de la tarima, dominando de este modo la cámara de audiencias. Había una docena de oficiales, así como el mariscal del triklinium, asegurándose afanosamente de que todo estuviera dispuesto para recibir a sus majestades. Al cabo de unos instantes la emperatriz Zoe y su nuevo esposo Miguel entraron en la sala y se dirigieron rápidamente a los tronos. A escasa distancia los seguían el orphanotrophus, algunos sumos sacerdotes y una caterva de cortesanos adheridos a la facción de la emperatriz. Los esposos se subieron a la tarima, el oficial griego masculló una orden



y los miembros de la guardia personal obedecimos y saludamos formalmente alzando las hachas en vertical delante de nosotros. La emperatriz y el emperador se volvieron hacia la sala. Cuando se disponían a tomar asiento hubo un momento de tensión. Según la costumbre la guardia debe reconocer la presencia del basileus cuando este se sienta en el trono. Cuando el emperador se inclina hacia el asiento los guardias se pasan al hombro derecho el hacha con la que saludan. De esa forma indican que todo marcha bien y que los asuntos del imperio prosiguen con normalidad. Ahora, cuando Zoe y Miguel se disponían a posarse en los cojines del trono, mis camaradas y yo nos miramos con aire interrogativo. Durante una fracción de segundo no pasó nada. Observé que el oficial griego se ponía tenso de preocupación hasta que los guardias se echaron desordenadamente el hacha al hombro. El suspiro de alivio del séquito de Zoe fue prácticamente audible.

Cuando remitió la crisis el procedimiento adoptó enseguida un aire de farsa. Los partidarios de Zoe debían de haber corrido la voz por todo el palacio, llamando a los altos ministros y los miembros de su séquito, que entraron uno detrás de otro. Yo sospechaba que buena parte de ellos acudían pensando que iban a presentarle sus respetos al cuerpo del emperador muerto. En cambio se topaban con el asombroso espectáculo de que la viuda ya había vuelto a casarse y estaba sentada junto a su nuevo esposo, que casi era lo bastante joven para ser su nieto. No era de extrañar que los recién llegados vacilaran en el umbral, desconcertados. La maternal emperatriz y su joven consorte aferraban los emblemas del Estado con sus manos enjorjadas; los pajes habían dispuesto cuidadosamente sus relucientes túnicas y el semblante de Zoe denotaba que esperaba que le rindieran homenaje sin reservas. Desde el fondo de la tarima observaba los ojos de los cortesanos que contemplaban la escena: la altiva emperatriz, su juvenil marido, el grupo de altos oficiales que esperaban y la figura siniestra y taciturna de Juan el orphanotrophus, el hermano de Miguel, que observaba las reacciones de los recién llegados. Al cabo de un breve instante de titubeos y cálculos, los ministros y los cortesanos se adelantaron hasta los tronos gemelos, hicieron una profunda reverencia ante la emperatriz y se arrodillaron y besaron el anillo del esposo de

ojos brillantes, al que hacía menos de seis horas habían conocido simplemente como su amante ilícito.

Al día siguiente sepultamos a Romano. Durante la noche alguien (debía de haber sido el absolutamente eficiente *orphanotrophus*) se había encargado de que vistieran el cadáver tumefacto con túnicas oficiales de seda púrpura y lo tendieran en un féretro. Una hora después del alba ya se había formado la procesión funeraria, en la que todos los asistentes ocupaban el lugar que les correspondía en función de su rango, y se abrieron de par en par las puertas principales del palacio. Yo era uno de los cien guardias que marchaban, como mandaba la tradición, inmediatamente antes y después del basileus muerto cuando salimos a la Mese, la amplia arteria que bisecaba la ciudad. Me sorprendió comprobar cuántos ciudadanos de Constantinopla habían madrugado. La noticia de la repentina muerte del soberano debía de haberse propagado muy deprisa. Los que estaban al frente de la nutrida muchedumbre que se había formado a ambos lados de la calle vieron con sus propios ojos la piel cerúlea y el rostro hinchado del emperador muerto, pues le habían dejado las manos y la cara al descubierto. Un par de veces oí que alguien gritaba «¡Envenenado!», pero a grandes rasgos la multitud guardaba un escalofriante silencio. No escuché ni una sola expresión de tristeza ni de lamentación por su muerte. Supe entonces que Romano III no había sido popular en Constantinopla.

Doblamos a la izquierda en el gran foro de Amastration y un kilómetro más adelante el cortejo entró en la vía Triunfal. De ordinario los emperadores recorrían aquella espaciosa avenida ante las ovaciones de la concurrencia, a la cabeza de las tropas victoriosas, exhibiendo el botín que habían capturado y las filas de enemigos derrotados y encadenados. Ahora llevaban a Romano en dirección opuesta en un lóbrego silencio que solo rompían el crujido de las ruedas del carruaje que portaba el féretro, los cascos de los caballos y las pisadas amortiguadas de centenares de ciudadanos de a pie de Constantinopla que se sumaban a la procesión impulsados simplemente por una morbosa curiosidad. Nos acompañaron hasta la enorme iglesia inconclusa de María la Celebrada que era el gran proyecto del basileus, que ahora se había convertido en el primero en beneficiarse de aquella extravagancia. En este punto los sacerdotes

lo depositaron apresuradamente en el sarcófago verde y blanco que el propio Romano había escogido, siguiendo otra curiosa costumbre imperial de que los basileus escogieran su propia tumba el día de su coronación.

A continuación, mientras el gentío se dispersaba en un ambiente de lúgubre apatía, el cortejo desandó a buen paso el camino hasta el palacio, pues no había un momento que perder.

—Dos desfiles en un día, pero merecerá la pena —comentó jovialmente Halfdan mientras se despojaba del fajín oscuro que había llevado durante el funeral y lo reemplazaba por otro con reluciente hilo de oro—. Gracias a Dios que la marcha de esta tarde es corta. De todas formas habríamos tenido que hacerla igualmente porque es Domingo de Ramos.

Halfdan, al igual que varios miembros de la guardia, era en parte cristiano y en parte pagano. En apariencia profesaba la religión del Cristo Blanco (por el que también juraba) y asistía a los servicios en la nueva iglesia de San Olaf que recientemente habían construido en las inmediaciones del cuartel general del regimiento junto al Cuerno de Oro, el puerto más importante de Constantinopla. Pero también llevaba el martillo de Thor a modo de amuleto en una tira de cuero alrededor del cuello y cuando estaba borracho anunciaba con frecuencia que cuando muriese prefería atiborrarse y combatir en el Valholl de Odín que acabar convertido en una criatura sin sangre con sedosas alas de paloma en el cielo de los cristianos.

—Thorgils, ¿cómo es que hablas griego tan bien? —La pregunta la formuló uno de los varengos que el día anterior había estado ante la puerta del palacio. Había ingresado en la guardia hacía poco.

—Porque lamió una gota de sangre de Fafnir<sup>1</sup> —intervino Halfdan—. Si le dan un par de semanas Thorgils es capaz de aprender cualquier idioma, hasta el de los pájaros.

Hice caso omiso de aquel cansino intento de humor.

—Me obligaron a estudiar griego cuando era joven —dije— en un monasterio de Irlanda.

---

<sup>1</sup> N. del t.: De acuerdo con las sagas nórdicas, cuando Sigfrido probó accidentalmente la sangre del dragón Fafnir mientras asaba su corazón adquirió el lenguaje de los pájaros, los cuales le advirtieron de que su padre planeaba asesinarlo.

—¿Has sido monje? —me preguntó el recluta, sorprendido—. Pensaba que eras devoto de Odín. Por lo menos eso es lo que me han dicho.

—Lo soy —le expliqué—. Odín velaba por mí cuando estaba entre los monjes y me rescató de ellos.

—Entonces comprendes el motivo de que lleven imágenes sagradas cuando desfilamos, reliquias, trozos de santos y todo eso.

—Algunas cosas. Pero el cristianismo que me obligaron a estudiar es distinto al de Constantinopla. Es el mismo dios, claro, pero tienen otra forma de adorarlo. Tengo que reconocer que hasta que llegué aquí ni siquiera había oído hablar de la mitad de los santos a los que veneran.

—No me extraña —gruñó el varengo—. La semana pasada en el mercado un buhonero trató de venderme un hueso humano. Afirmaba que era del brazo derecho de san Demetrio y que debía comprarlo porque yo era soldado y san Demetrio también había sido un luchador.<sup>2</sup> Afirmaba que la reliquia me otorgaría la victoria en cualquier combate.

—Espero que no lo compraras.

—Ni hablar. Alguien de la muchedumbre me advirtió que aquel charlatán había vendido tantos huesos de los brazos y las piernas de san Demetrio que el santo mártir debía de haber tenido más miembros que un ciempiés. —Profirió una risa sardónica.

Aquella misma tarde comprendí al soldado mientras nos dirigiáramos a la aclamación del joven basileus, al que iban a nombrar Miguel IV ante una congregación de dignatarios de la ciudad en la iglesia de Santa Sofía. Más bien arrastrábamos los pies hacia la iglesia, porque en la columna había numerosos sacerdotes lentos que sostenían imágenes de santos en tablas de madera, que se tambaleaban bajo pesados estandartes y penachos con símbolos sagrados bordados y portaban preciosas reliquias de su fe selladas en féretros de oro y plata. Justo delante de mí se hallaba el recuerdo más venerado, una astilla de la cruz de madera en la que habían colgado a Cristo en el momento de su muerte. Me pregunté si tal

---

<sup>2</sup> N. del t.: San Demetrio de Tesalónica ocupaba un puesto destacado en el ejército romano y de hecho se le representa con armas y atributos militares.

vez Odín, el maestro de los disfraces, se habría hecho pasar por Jesús. El Padre de los dioses también había colgado de un árbol de madera, con el costado atravesado por una lanza, mientras trataba de obtener el conocimiento del mundo. Era una pena, pensé, que los cristianos estuvieran tan seguros de que su fe era la única verdadera. Si hubieran sido un poco más tolerantes habrían admitido que las demás religiones también tenían sus virtudes. Los antiguos creyentes estábamos perfectamente dispuestos a permitir que los demás siguieran a sus propios dioses y no tratábamos de imponerles nuestras ideas. Pero al menos los cristianos de Constantinopla no eran tan fanáticos como sus hermanos del norte, que erradicaban afanosamente las prácticas que consideraban paganas. La vida en Constantinopla era tan transigente que había una mezquita en el sexto distrito en la que rendían culto los sarracenos, así como varias sinagogas para los judíos.

Los miembros de la guardia nos detuvimos a cien pasos de las puertas de Santa Sofía mientras el resto de la comitiva continuaba con aire solemne y entraba en la iglesia. Los sacerdotes no tenían aprecio a los varengos y era costumbre que esperásemos fuera hasta la conclusión del servicio. Presumiblemente creían que nadie intentaría asesinar al basileus dentro de un edificio tan sagrado, aunque yo tenía mis dudas.

Halfdan ordenó a la compañía que descansara y nos quedamos hablando entre nosotros a la espera de que terminara el servicio para escoltar de nuevo al basileus aclamado hasta el palacio. Fue entonces cuando reparé en un joven ataviado con la túnica con capucha característica de los ciudadanos de clase media, que a juzgar por su aspecto era un funcionario menor. Estaba abordando a varios miembros de la guardia, tratando de hablar con ellos. Debía de estar interrogándolos en griego, pues meneaban la cabeza sin comprender o lo ignoraban. Al final alguien señaló en mi dirección y el joven vino hacia mí. Se presentó como Constantino Psellus y anunció que estaba estudiando en la ciudad, preparándose para formar parte del servicio del imperio. Calculé que no tendría más de dieciséis o diecisiete años, más o menos la mitad que yo.

—Quiero escribir una historia del imperio —me confió—, dedicándole un capítulo a cada uno de los emperadores, y te agradecería

mucho que me contaras los detalles de los últimos días del basileus Romano.

Me gustó su cortesía formal y me impresionó el aire de rápida inteligencia que irradiaba, de manera que decidí ayudarlo.

—Yo estaba presente cuando se ahogó —dije, y le expuse brevemente lo que había presenciado.

—¿Has dicho que se ahogó? —comentó el joven con suavidad.

—Sí, parece que ese fue el caso. Aunque en realidad falleció cuando lo tendieron en el banco. A lo mejor sufrió un ataque al corazón. Al fin y al cabo era bastante viejo.

—Ayer vi su cadáver cuando lo llevaban en la procesión fúnebre y me pareció que tenía un aspecto muy extraño, tan hinchado y gris.

—Ah, tenía ese aspecto desde hacía bastante tiempo.

—¿No crees que muriese por otra causa, tal vez por los efectos de un veneno de acción lenta? —sugirió el joven, tan tranquilo como si hubiéramos estado discutiendo un cambio en el tiempo—. ¿O que quizá te alejaron deliberadamente de los baños para que alguien lo sujetara debajo del agua unos instantes con el fin de provocarle un ataque al corazón?

La teoría del envenenamiento se había discutido en la sala de la guardia desde la muerte del emperador, y algunos habían llegado a debatir si le habían administrado hierba ballestera o algún otro veneno. Pero no nos correspondía seguir haciendo pesquisas: nuestra responsabilidad consistía en defenderlo frente a los ataques físicos violentos, los que se bloquean con escudos o se apartan con un hachazo bien dado, no frente a los ataques insidiosos de drogas mortíferas en la comida o la bebida. Para eso el basileus empleaba catadores, aunque bien podían haberlos sobornado para que lo engañaran, y cualquier asesino astuto se habría asegurado de que el veneno obrase lo bastante despacio para que no detectaran sus efectos hasta que fuera demasiado tarde.

Pero me alarmó la otra sugerencia del joven, que me habían engañado para que dejase desprotegido a Romano. Si ese había sido el caso, no cabía duda de que el guardián del tintero estaba implicado en la muerte del basileus, y quizá también el orphanotrophus. Recordé entonces que este había tratado de mandarme al logoteta de finanzas con el pergamino. Eso me habría retrasado aún más. La

idea de que mi ausencia podía haber sido crucial para el asesinato del basileus me produjo un escalofrío en la columna. Si era cierto corría verdadero peligro. Si se descubría que un guardia había descuidado el deber de proteger al soberano, el propio comandante de la compañía lo ejecutaba, normalmente decapitándolo en público. Además, si en efecto habían asesinado a Romano, yo era un testigo en potencia, lo que significaba que era susceptible de convertirme en el objetivo de los culpables. Alguien tan poderoso como el orphanotrophus podría hacer que me mataran fácilmente; en una riña de taberna, por ejemplo.

De pronto me asusté mucho.

—Me parece que se oyen los cánticos de los sacerdotes —dijo Psellus, interrumpiendo mis pensamientos con ademanes nerviosos. A lo mejor se había dado cuenta de que sus teorías habían ido demasiado lejos, acercándose a la traición—. Deben de haber abierto las puertas de Santa Sofía para que salga el nuevo basileus. Ya es hora de que te deje marchar. Gracias por tu información. Has sido de gran ayuda. —Y se escabulló entre la muchedumbre.

Tomamos posiciones alrededor de Miguel IV, que montaba un soberbio alazán, uno de los mejores caballos de los establos reales. Me vino a la memoria que Romano había hecho gala de un magnífico juicio en lo referente a los caballos y que había construido un excelente criadero de sementales, aunque estaba demasiado enfermo para disfrutar de la monta. Tuve que reconocer que el joven Miguel, aunque tenía orígenes plebeyos, presentaba un aspecto verdaderamente imperial en la silla. Puede que eso fuera lo que Zoe había visto en él desde el principio. Halfdan me había contado que estaba de servicio la primera vez que Zoe le puso la vista encima a su futuro amante.

—Habría que haber sido un completo idiota para no darse cuenta de su reacción. No le quitaba el ojo de encima. Se lo presentó el orphanotrophus. Llevó a Miguel a la cámara de audiencias cuando Zoe y Romano estaban celebrando una recepción imperial y lo condujo hasta los tronos gemelos. El viejo Romano estuvo muy afable, pero ella miró al joven como si quisiera comérselo en ese mismo momento. Era apuesto, desde luego, lozano, con las mejillas sonrosadas, y se ruborizaba igual que una muchacha.

Supongo que el orphanotrophus sabía lo que estaba haciendo. Lo preparó todo.

—¿No se dio cuenta Romano, si era algo tan evidente? —le pregunté.

—No. Para entonces el viejo apenas miraba a la emperatriz. Miraba a todas partes menos a ella, como si le hiciera daño su presencia.

Pensé en aquella conversación mientras regresábamos al Gran Palacio, entrábamos en el gran patio y las puertas se cerraban a nuestro paso. El nuevo basileus desmontó, se detuvo un instante mientras los cortesanos y oficiales formaban en dos filas y caminé entre ambas en dirección al palacio, ante los aplausos y las sonrisas del séquito. Observé que no llevaba escolta, algo que me pareció muy extraño. Aún más extraño fue el hecho de que los cortesanos rompieran filas y entrasen apresuradamente en el palacio detrás de él, casi como una turba. Ante mi asombro, Halfdan fue corriendo tras ellos, olvidando toda disciplina. Lo mismo hicieron los guardias que me rodeaban y yo me sumé a ellos, abriéndome paso a empujones como si fuéramos un tropel de espectadores abandonando el hipódromo al término de las carreras.

Fue algo inimaginable. Se habían evaporado toda la rigidez y la formalidad de la vida de la corte. La muchedumbre, los ministros, los cortesanos, los consejeros y hasta los sacerdotes entraron atropelladamente en el gran triklinium. Allí, sentado en la tarima, se encontraba el nuevo y joven emperador, sonriéndonos. A ambos lados había un esclavo que sostenía un cofrecillo. Ante nuestra mirada uno de los esclavos inclinó el cofre que llevaba, provocando una cascada de monedas de oro que se derramaron en el regazo del emperador. Miguel alargó la mano, cogió un puñado de monedas y las arrojó al aire sobre el gentío. Me quedé boquiabierto a causa de la sorpresa. La avalancha de monedas de oro, cada una de las cuales valía seis meses de salario de un hombre cualificado, relucían y destellaban antes de precipitarse en las ávidas manos. Algunos atraparon las monedas mientras caían, pero la mayoría rebotaron en el suelo de mármol, aterrizando con un distintivo tañido. La concurrencia se puso a cuatro patas para recogerlas mientras el emperador sumergía la mano en el regazo y arrojaba una nueva cascada de oro sobre nuestras cabezas. Ahora comprendía el motivo



de que Halfdan hubiera reaccionado tan deprisa. El comandante de la compañía se había abierto paso astutamente a codazos hasta el punto en el que la afluencia de monedas era mayor, y estaba apoderándose del dorado tesoro.

Yo también me agaché y me puse a recoger monedas de oro. Pero en cuanto mis dedos se cerraron en torno a la primera de ellas pensé en mi fuero interno que debía idear una forma de abandonar la guardia personal sin llamar la atención antes de que fuera demasiado tarde.